

bilidad del "hecho", a pesar de la dificultad real, e incluso imposibilidad actual, que puede existir y que no se puede dejar de respetar, de explicar aquel "hecho".

MIGUEL GALLART

PIERRE BARTHEL, *Interprétation du langage mythique et Théologie Biblique*. Etude de quelques étapes de l'évolution du problème de l'interprétation des représentations d'origine et de structure mythiques de la foi chrétienne. Leiden (E. J. Brill, réimpression anastatique 1967) 399 pp.

Hasta hace unos pocos años, esta obra habría sido un libro bien distante, por su contenido y por su mentalidad, de nuestra cultura teológica española. Pero la cosa ha ido cambiando últimamente. Según afirma su propio autor, el presente estudio ha nacido de la inquietud que sembró en él la lectura del célebre programa de la "desmitologización" del Evangelio, publicado en su tiempo por Rudolf Bultmann.

Desde el manifiesto bultmanniano, en efecto, el tema "revelación" y "mito" ha llegado a ser una de las principales cuestiones abiertas a la teología bíblica, o quizá mejor, la cuestión propia de la "modernidad". Pero ya antes, después del desarrollo de la *Aufklärung*, se había ido aceptando en muy amplios sectores de la intelectualidad europea la exigencia de someter a una crítica total y radical de racionalidad toda afirmación, fuese ésta o no de orden religioso. A tal exigencia de racionalidad ha sido sometido el testimonio bíblico, de tal modo que, en las últimas décadas, la lectura hermenéutica de la Biblia ha constituido la verdadera cuestión bíblica de modo semejante a como a fines de siglo XIX lo fue la inerrancia de los textos sagrados. Sin duda, los actuales problemas hermenéuticos aludidos difícilmente hubieran surgido sin toda la época crítica precedente.

En la literatura científica actual se suele afirmar que, de una parte, el contenido de la Revelación y, de otra, la manera de exponer de la propia Biblia, su modo de *representar* su propio contenido, no se identifican sin más, y que la identidad de ambos aspectos no queda garantizada por la inspiración divina de la Sagrada Escritura. Es decir, se plantea el problema de la separación entre contenido de la Revelación bíblica y exposición o representación de ese contenido —testimonio— de los autores sagrados. Ahora bien, si tal distinción es, en principio, legítima y necesaria, sin embargo, una extremada radicalización del problema ha conducido con bastante rapidez en algunos sectores a la división y separación absolutas de ambas cosas, división que, en no pocos autores, no respeta ya la real unidad existente entre contenido y testimonio y la posibilidad de alcanzar aquél a partir de éste.

Barthel ha llegado a la convicción de que el problema planteado por Bultmann es aún más central para la teología, tanto protestante como católica, de lo que pensaba el profesor de Malbourg. Por ello Barthel ha abordado la reconstrucción histórico-crítica de las etapas que marcaron el nacimiento del problema en Bultmann, y las consecuencias posteriores.

De este modo, el contenido del libro que reseñamos se dirige a estudiar primeramente el nacimiento y maduración del problema del mito en la teología prebultmanniana. Pasa después al análisis de la interpretación existencial del Evangelio, llevada a cabo por el mismo Bultmann y su escuela. Finalmente, se detiene a considerar los tres grandes intentos postbultmannianos: la interpretación ontológica del mito por la teología de la correlación de Paul Tillich; la interpretación de la fe cristiana por el método de discriminación y de reducción henológica de Henry Duméry; y la interpretación simbólica de las representaciones de origen y de estructura míticas de Paul Ricoeur. Por esta simple enunciación puede apreciarse ya lo ambicioso del proyecto de P. Barthel y las dificultades de su estudio.

En el análisis del nacimiento y maduración del problema crítico de interpretación de las representaciones de origen y estructura míticas en la época prebultmanniana, recorre Barthel una amplia gama de autores y escuelas: primeros pasos y formulaciones del problema hermeneúico en la "escuela del mito"; reacción de De Wette; eliminación de la fe cristiana por D. F. Strauss y los "mitómanos"; solución estético-religiosa del símbolo-fideísmo de la Escuela de París; y desescatologización hermeneúica de Albert Schweitzer. Toda esta parte muestra cómo el problema crítico de Bultmann no aparece de pronto, sino que va precedido de una secular tradición crítica, casi exclusivamente de lengua alemana.

Al estudiar el pensamiento de Bultmann encuentra Barthel que el Prof. de Malbourg sólo había arrojado parcialmente el problema. Por ello es por lo que nuestro autor aborda el estudio de la lectura ontológica de la fe cristiana, emprendida por P. Tillich, el análisis epistemológico del cristianismo, de H. Duméry y la simbólica del mal, de P. Ricoeur. A partir de la confrontación de estas diferentes lecturas hermeneúicas, es como Barthel piensa que pueden ser alcanzados —de sus concordancias y discrepancias— los puntos neurálgicos, las articulaciones, los precisos planteamientos de los problemas interpretativos de las representaciones de origen y estructura míticas, que puedan tener una consistencia científicamente firme en la teología moderna. Pero Barthel, que no oculta su *engagement* por la solución kerigmática de Karl Barth, advierte, sin embargo, que no intenta en su libro indicar cómo se puede o se debe resolver el problema crítico de la interpretación bíblica, sino que su intención es solamente ayudar al lector a plantearse en sus justos términos, a partir del balance de los intentos de solución hasta ahora propuestos.

Que Barthel haya conseguido su propósito puede ponerse en duda: es muy notable el esfuerzo de comprensión y exposición del pensamiento de tantos y tan variados autores, y en esto radica principalmente el mérito del libro; en cuanto a que nuestro A. haya conseguido plantear el problema en sus justos límites, pienso que se ha quedado bastante lejos de alcanzar su objetivo, pero —y ello va en descargo de Barthel— no tanto por los defectos de su libro como por la dificultad intrínseca del tema y, también, por el punto de partida del propio Barthel, quizás demasiado vacilante para ser seguido por el lector. También habría que

advertir que nuestro A. es normalmente muy oscuro en su exposición, y muy discutible —y esto quizá sea irremediable para todo aquel que intenta un programa tan ambicioso y difícil— en muchas páginas de su interpretación de los diversos autores recensionados. Así, por ejemplo, el propio H. Duméry ha rechazado enérgicamente, tras la aparición de la primera edición del libro de Barthel (1963), la interpretación de que ha sido objeto por parte de éste (cfr. "Les Etudes Philosophiques" 19, 1964, 295-296). También Henk van Luijk (en *Philosophie du fait chrétien*, Paris-Brujas 1964) estima que la interpretación que Barthel hace de Duméry es completamente infeliz. A su vez, la exposición que hace nuestro A. del pensamiento de R. Bultmann, me parece muy oscura: pienso que a través de esa exposición es realmente difícil que un lector se haga cargo del pensamiento de Bultmann, en contraste, por ejemplo, de otras más claras exposiciones como la de René Marlé (*R. Bultmann et l'Interprétation du N. T.*, Paris 1956).

Quizás una de las causas de la oscuridad del libro de Barthel y de la dificultad que representa para el lector seguir todo el hilo de la temática que estudia, radica en la mezcla que se lleva a cabo de la problemática de Bultmann sobre el N. T., con las más amplias de algunos de los "prebultmannianos" y, sobre todo, con las de Ricoeur, Dumery y Tillich. En mi opinión, Barthel debería haber separado con mucha más claridad, de una parte, el problema del mito en relación con los textos arcaicos del A. T. y de otra la teoría bultmanniana del mito en el N. T.: ambas problemáticas no pueden ser tratadas al mismo nivel, aunque no sea más que por las diferencias de categorías mentales entre ambos estudios de la Revelación: de unos a otros textos, el lenguaje de revelación ha recorrido un largo camino, y por tanto, los problemas de interpretación no tienen exactamente el mismo punto de partida, aunque sea idéntico el de llegada.

No se piense, sin embargo, que el libro que reseñamos es una aportación poco relevante. Todo lo contrario: el estudio llevado a cabo por Barthel, en mi opinión, tiene un interés capital como balance e intento de síntesis de todo este vasto dominio de la filosofía de la revelación. No es de extrañar que en problemas tan complejos, las opiniones y resultados de una investigación sean ampliamente discutibles e, incluso, rechazables en mayor o menor proporción. Una prueba del enorme esfuerzo de Barthel, y de la utilidad del mismo, es la ingente cantidad de documentación que ha consultado y reseñado, y a la cual remite en sus lugares correspondientes. Un ejemplo de ello pueden constituir los trabajos más antiguos de P. Tillich, normalmente olvidados en la literatura actual sobre estos temas, pero que Barthel saca una y otra vez a colación. En este aspecto, el trabajo de Barthel es meritorio y útil.

La problematización radical de la interpretación del lenguaje mítico ha podido surgir tras el influjo de la teoría, aprendida en Kant, de los límites y posibilidades del conocimiento, que vedan la aceptación pacífica, como conocimientos científicos, de las verdades atestiguadas por la Biblia, en la medida en que estas verdades traspasan los métodos modernos de la experiencia y de la comprensión humanas. Barthel declara en la introducción (pág. 8) que su investigación le ha ido convenciendo de

que toda teología dominada por el kerigma de la Iglesia primitiva, debe ser asegurada con una hermeneútica de los signos y de los mitos a ellos asociados, hermeneútica que permitirá *desmitologizar* “el universo del discurso religioso cristiano” sin, por el contrario, *desmitizarlo*; es decir, “liberarlo de las falsas objetivaciones de la mitología, sin perder el sentido simbólico del mito”. De este modo, piensa Barthel, se podrá llegar al desarrollo de una teología del símbolo religioso, que permitiría a la teología kerigmática reconstituir críticamente el contenido religioso cristiano tradicional. En este aspecto, Barthel hace demasiadas e innecesarias concesiones a la teoría bultmaniana del mito.

A los ojos del teólogo católico, pienso yo, el libro de Barthel revela la pobreza que en él existe de unas concepciones filosóficas más realistas, las cuales le habrían proporcionado un despegue mayor de las posiciones por él mismo recensionadas y críticamente juzgadas y, por tanto, una perspectiva para ver el conjunto de la problemática con mayor autonomía. Por eso Barthel no encuentra, desde su posición intelectual configurada por el subjetivismo de la Reforma, y en la que gravitan de modo dispar las diversas fuerzas de los variados sistemas de pensamiento moderno y los retos de la crítica radical a la Biblia, no encuentra, digo, otra solución que la teología kerigmática de Karl Barth. Para el teólogo católico, pues, el libro de Barthel ofrece en una selección sintética y bastante sistematizada, una serie de contactos con las más importantes empresas de la epistemología de la revelación, absolutamente insoslayables en un diálogo intelectual en tales campos de la ciencia. Pero al mismo tiempo, la lectura crítica del libro reseñado nos pone en aviso del esfuerzo ímprobo que resta para intentar una cierta síntesis de todo el complejo mundo de cuestiones ya planteadas: de hecho, tanto los “prebultmannianos”, como los bultmannianos y los “postbultmannianos” han conducido los problemas hermeneúticos y epistemológicos de la Revelación a callejones con muy difícil salida y, a veces, incluso sin salida posible.

Es un hecho que la Teología, a lo largo de su historia, se ha visto confrontada con diversas formas de pensamiento que, en su inspiración originaria, diferían notablemente de ella. Por lo general, esta confrontación ha sido fructuosa y ha conducido a resultados positivos. Cada generación de teólogos y exégetas ha tenido que enfrentarse con la tarea en la situación concreta de su época. En nuestros días, sin embargo, el problema se agranda y, sobre todo, se profundiza más que en las épocas precedentes, porque la teología no debe dejar sin respuesta el desafío intelectual que le presenta ahora la especulación y la experiencia científicas. Es claro que, en muchos campos, la exégesis y la teología actual deben acometer en profundidad la traducción de la expresión o representación precientífica del testimonio de la Revelación a términos y conceptos del lenguaje racional y “científico”, configurado por la cultura de nuestra época; pero con exquisito cuidado para que en esa traducción no se pierda o minimice el contenido de la fe. Y este contenido se pierde o se reduce notable e ilegítimamente, en esos intentos cuya encuesta crítica aborda el libro de Barthel, y también, en cierta medida,

en no pocos de los intentos del propio Barthel de replantear los problemas en sus justos términos.

J. M. CASCIARO

J. JEREMÍAS, *Palabras de Jesús*, ed. Fax, Madrid, 1968, 185 pp.

Ediciones Fax ofrece al lector de habla catellana, en la colección "Actualidad bíblica", dos estudios del profesor de NT Joachin Jeremías, sobre "El sermón de la Montaña" y "El Padre Nuestro", que fueron publicados, en primera edición alemana, en 1959 y 1962 respectivamente. Los dos estudios van precedidos de un prólogo de Juan Leal, y seguidos de una introducción-resumen. Al final se incluye una "nota bibliográfica de la edición española", que informa sobre las obras más importantes acerca del tema publicadas en castellano, tanto originales como traducciones.

"Palabras de Jesús" no pertenece al grupo de publicaciones estrictamente científicas del autor. Es más bien una obra de "amplio valor divulgativo". Sin embargo, se inscribe en una temática de gran actualidad teológica y no carece de valor científico. El tema de las *Verba Iesu* encierra gran interés para el acceso crítico al Jesús histórico, y los dos estudios de Jeremías constituyen un valioso ejemplo.

Se dice con razón al principio del Prólogo que la "obra no tiene nada que no pueda suscribir un católico". Se ha realizado una edición cuidada, en la que el texto se distribuye con holgura en cada página, lo cual facilita y hace agradable la lectura.

MIGUEL GALLART

MARC LODS, *Précis d'histoire de la théologie chrétienne du II au début du IV siècle*, 1 vol. de 180 págs., Delachaux et Niestlé S. A., Neuchâtel 1966.

En la obra ofrecida por el Dr. Lods, profesor de Patrística en la Facultad de Teología protestante de París, la cristología y soteriología de la Iglesia en los siglos II y III son por así decirlo las dos grandes cuestiones estudiadas. El Autor no ha adoptado un método cronológico sino, más bien, ideológico, concebido según la naturaleza de los problemas. Empieza por la cristología —pues en ella reside la afirmación esencial de la fe de los cristianos— para terminar por la eclesiología.

Fiel a su intento de no añadir nada nuevo a los resultados de la investigación especializada y sin tratar de resolver cuestiones discutidas, pasa por alto "los partidismos de Teologías e Iglesias", como dice el autor. Su originalidad estriba en describir solamente, en hacer ver los colores y el relieve de la época. Más que de teólogo hace obra de historiador, a la vez que examina las cosas con un *a priori* de simpatía. Se ha limitado a describir cómo han comprendido, vivido y aceptado los cristianos de los primeros siglos la Escritura Santa. Este sería, a nuestro juicio, el mayor interés del libro.